



20/02/2022 05:50

(Este artículo fue publicado en *La Vanguardia* el sábado 28 de febrero 1981)

Me enteré de la cosa por pura casualidad. Buscaba en el transistor una musiquita suave y cómoda que me acompañase la lectura de los últimos capítulos de “El rodaballo”, y resultó que las emisoras próximas únicamente daban, y de manera unánime, marchas militares. Era la tarde —avanzada— del 23 de febrero. De pronto, un locutor empezó a recitar el bando. “Ya la han vuelto a armar”, me dije; “la cabra siempre tira al monte...”. El texto del capitán general Milans del Bosch era una “declaración” de lo que antaño se llamaba “estado de guerra”. Sólo le faltaba el típico “orden y mando”, tradicionalmente formulario en esta clase de papeles, tan españoles ellos, ¡ay! El señor Milans asumía todos los poderes posibles, prohibía todo lo prohibible, y decretaba el toque de queda. Parece que la ciudadanía se lo tomó en serio. Hizo cuerdamente, desde luego. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. El bar que tengo frente a mi casa cerró, puntual, a la hora fijada. La calle quedó prematuramente silenciosa.

La verdad es que, en mi pueblo, salvo los fines de semana, las noches suelen ser plácidas. El personal se retira pronto, para engancharse al televisor o irse a la cama. Ni siquiera tenemos un mal bingo que llevarnos a la boca, y los chicos discotequeros tampoco son unos crápulas. ¿Cuántos vecinos quedaron pendientes de las noticias procedentes de Madrid? Yo aventuraría a suponer que no demasiados. Tampoco yo. “Lo que sea, sonará”, pensé, “y mañana será otro día”. Si había alguna amenaza en el aire, no llegó a notarse. En realidad, los “golpistas”, individuos probablemente paranoicos, quizá no contaban con un hecho obvio: que los ánimos de la población, el febrero del 81, no son los mismos que fueron en julio del 36. El alzamiento de 36 desembocó en una guerra civil: el del 81, si hubiese prosperado, no habría encontrado resistencias. El “desencanto” no da para mucho. No hacía falta que el general Milans sacase sus tanques para que la “calma” popular estuviese asegurada. Por supuesto, en Sueca, ni tanques ni nada. Ni en el resto del área rural.

En Valencia, sí, el general ocupó la vía pública con carros de combate, nidos de ametralladoras, piquetes de soldados. Cuentan que también en Alcoi. No fue necesario en Castelló ni en Alacant. ¿Lo era en Valencia, en Alcoi? Con la intimidación del “bando” era suficiente. La tendencia al miedo frente a los “poderes fácticos”, muy lógica, funcionó, en seguida, de forma automática. El “despliegue de fuerzas” era superfluo. Hasta la derecha más empedernida —el sector “duro” de UCD que, en Valencia, a las órdenes del ex ministro Abril Martorell, nunca perdió su coloración fascistoide— quedó sobrecogido... ¿Y los soldaditos, dispuestos a disparar contra cualquier transeúnte?

¿Sabían lo que hacían, o lo que les hacían hacer? Ellos “obedecían”. Afortunadamente, no hubo ocasión de que ejercieran esa “obediencia”. La disposición política del recluta, ¿por qué tenía que coincidir con la de su capitán general? ¿Por qué un capitán general puede servirse para sus aventuras de los muchachos de leva? Que yo sepa, no se disparó ni un tiro en Valencia. Narváez y Prim, en su momento, y un Primo de Rivera, y Elío, y tantos más, “dispararon”. Dispararon espingardas y trabucos...

¿Merecía el episodio el título de “Operación Valencia”? Según todos los informes conocidos sólo Valencia quedó sumida en la perplejidad de la fantasía sediciosa. Lo verdaderamente decisivo se desarrollaba en Madrid. Y no en el hemicycleo del Congreso, precisamente. Lo que aconteció en el edificio solemne de la Carrera de San Jerónimo, con los documentos televisivos a mano, no pasó de ser una anécdota banal. Sólo habrá sido una oportunidad para avalar a la derecha parlamentaria. A partir de ahora —mucho me lo temo— toda la acongojante fauna reaccionaria se considerará como una Marianita Pineda salvada del patíbulo por un azar providencial. No hará falta citar nombres. Cuando escribo estas líneas la trampa ya se cerró, y hay convocadas grandes manifestaciones “unitarias” en defensa de la Constitución y de todo eso. Alguien hace el tonto y yo me sé quién es.

El asunto, de todos modos, no acaba de verse claro. Uno, en su inocencia, se pregunta cómo podía ignorar el bierno Suárez lo que se tramaba. Estas “conspiraciones” nunca fueron excesivamente “secretas”. Recuerdo que en el 36 —yo tenía trece años— la maquinación militar contra la II República era un tema de conversación normal en el casino carlista de Sueca, con pelos y señales, mientras Casares Quiroga no quería enterarse. No quería. No quiso, y así le lució el drama. Suárez tampoco ha querido enterarse. Peor todavía. Suárez tenía el antecedente de la “Operación Galaxia”, reciente, y liquidada con una lenidad escandalosa. A Casares Quiroga lo de Sanjurjo, el 10 de agosto, le quedaba más lejos. En el caso actual, el Gobierno de la Nación (con mayúsculas) estaba obligado a desconfiar de “alguien”, porque motivos tenía para hacerlo. Y un mínimo servicio de información completaría el cuadro. Hay de por medio complicidades oscuras, que públicamente, se callarán. No sólo de UCD, dicho sea de paso. Todos son culpables: todas las “marianitas-pineda”, absolutamente falsas, del Congreso de los Diputados del día 23.

¿Pasado mañana? Pasado mañana se repetirá, y perfeccionada, la tentativa. Hay motivos para suponerlo. Los profesionales de la “democracia burguesa” —empezando por el señor Cerrillo— no serán capaces de constituir aquí una verdadera “democracia burguesa”, que es el “modus vivendi” de la Europa occidental y cristiana. La alternativa serían la “revolución” en serio o las «rebolusionistas bananeras», históricamente hispanoamericanas. La “revolución” se descarta: el censo electoral está en contra, y por eso vota UCD, PSOE y PC. Pero ¿y los “pronunciamientos”? Lo de ahora ha sido un “pronunciamiento”: un embrollo folklorizable en eso de los “300 millones” de TVE. Pero menos. Los lías de la América Latina son bastante más agrios que los de su ex metrópoli. Más o menos, y globalmente, nos hemos salvado del “subdesarrollo”.

Y sea como fuere, lo urgente sería pedir explicaciones —¿a quién?— de por qué ha pasado lo que ha pasado. No habrá respuesta inmediata... Y, efectivamente, el 24 fue un jornada de respiro: los “rehenes” del Parlamento fueron amablemente liberados.

Por lo demás, el general Milans del Bosch nunca se rebajó a reflexionar sobre su “plaza” ni sobre su “región militar”. Al día siguiente de su victoria, todas las comisiones falleras y las academias de cultura —son ejemplos— le habrían aclamado. ¿Fue la exhibición de tropas y armas, en la noche de 23, una invitación a sus colegas de las demás capitánías? Nunca se sabrá. Nunca sabremos nada de lo que pudo haber sido y no fue. Y pasará mucho tiempo antes de que un erudito se ocupe del incidente, y saque a relucir sus trastos sucios. Mientras tanto, la desconfianza crecerá. Y también lo otro. Espero haberme muerto antes de que se repita la “Operación Valencia”. No me gustaría soportar otra vez una “guerra civil”, que para mí sería otra “Guerra de España” definitivamente mortal. Las “marianitas-pineda” recién salvadas de las metralletas de la Guardia Civil no se dan cuenta de lo que puede venir. Viven la euforia de su primer bautismo “democrático”. ¿Quién se lo iba a decir al señor Fraga, al señor Abril, al señor Martín Villa, a...? Gracias a un teniente coronel loco, éstos, y más fantasmas, se nos presentarán como “héroes de la libertad”... Pero preferiría morir antes: antes de la próxima guerra civil.

La verdad es que, en la noche del 23, me apasionó más el final de “El rodaballo” que lo que pudiera haber hecho el capitán general de Valencia. Uno está predispuesto a lo peor. Tuve unos pocos amigos que se preocuparon por evacuarme de mi domicilio, por si hubiese el riesgo de una “Noche de San Bartolomé”. Tampoco era para tanto. Acabé la novela y me dormí como un santo. Después de la alocución del Rey, el problema me pareció resuelto. O la alocución del Rey habría sido diferente... Reconozco que, desde Sueca —un pueblo de unos veinte mil habitantes—, siempre será difícil conectar con la irrisoria imagen de la “clase política” de Madrid. Uno se encoge de hombros. “Lo que ustedes quieran y decidan”, decimos. El turno es una ley, unos impuestos, un capitán general, unos asnos que se ocupan del bilingüismo, el paro, el desamparo de la Administración Central, las quintas, mil ansiedades más. “Ellos” mandan. Y “ellos” ordenan y mandan. “Ellos” lo son todo. Incluso la presunta “oposición” son “ellos”... En la noche del 23, antes de acostarme, mi convicción era clara: “ellos” lo arreglarían. “Ellos”... Y así ha sido.